LA BALADA DE PEQUEÑO JACK

Escrita e ilustrada por
Mikel Valverde

laGalera

Primera edición: setiembre de 2018

Diseño de la portada: Endoradisseny
Diseño del interior y maquetación: La Galera

Edición: David Monserrat
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Mikel Valverde, 2018
© La Galera, SAU Editorial, 2018, de esta edición

Casa Catedral®
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona
www.lagaleraeditorial.com
facebook.com/editoriallagalera
twitter.com/editorialgalera

Impreso en Egedsa

Depósito legal: B-9.986-2018
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-6335-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

En el largo y oscuro invierno, cuando el temporal bate las costas del mar Cantábrico y el viento azota las calles, las familias se encierran en sus hogares y aseguran las puertas. A la hora de dormir, los niños, acurrucados bajo los edredones, oyen cómo la ventisca agita los marcos de las ventanas y el mar restalla contra las rocas. Se hace muy difícil no sentir un escalofrío al escuchar el vendaval aullar como una bestia en el exterior. Es entonces cuando los adultos, para ahuyentar sus miedos y calmar a los niños, suelen cantar una antigua balada de la época de los piratas.

La vieja canción, que cuenta las aventuras de un cerdito audaz, es conocida como la «Balada de Pequeño Jack» y comienza así:

No hubo tormenta en los mares, ni en el océano filipino,
que consiguiera asustar a Jack el gorrino.
Duerme, mi amor, duerme, pequeñito,
y serás tan valiente como aquel cerdito.

1

Jack era un gorrino bajito, rechoncho y despierto que vivía en una apartada granja a orillas del mar Cantábrico. Los granjeros, el señor y la señora Palangana, no tenían hijos y cuidaban a sus animales con el cariño que cualquier otro dedicaría a su familia.

Desde muy pequeño, Jack dibujaba y pintarrajeaba aquí y allá con todo lo que encontraba. Por ello, los Palangana, al ver la afición del cerdito, compraron materiales y pinturas para que pudiera entretenerse.

De este modo Jack pasaba los días atareado con sus pinceles y lápices.

Sus dibujos pronto comenzaron a adornar los establos, y los animales, gozosos ante la visión de los paisajes y retratos que pintaba, crecían

alegres y sanos. Los huevos, la leche y la lana que producían los animales ganaron en cantidad y calidad, y la granja Palangana se convirtió en la más próspera de la comarca.

Sin embargo, una primavera, los cuadros de Jack comenzaron a cambiar. Sus retratos perdieron gracia y los paisajes aparecían dominados por colores grises y lúgubres. Cuando llegó junio, dejó de pintar y a partir de entonces no volvió a tocar un lápiz ni un pincel.

—Algo le pasa a nuestro cerdito, sus cuadros se han vuelto tristes y ha dejado de pintar. Pa-

rece abatido y pasa las tardes sentado junto al acantilado mirando al mar —dijo una noche a la hora de la cena el señor Palangana a su mujer.

—Sí, me he dado cuenta —respondió ella—. Parece que Jack ha perdido la inspiración.

—¿Qué podemos hacer? ¿Llamamos al veterinario?

—No seas cafre, Jack es un artista. Dejémosle tranquilo. Tal como se ha ido, su inspiración regresará —concluyó la señora Palangana.

Sin embargo, transcurrieron las semanas y el cerdito continuaba pasando los días con la mirada perdida en el horizonte y sin dibujar una sola línea.

Un día, al atardecer, llegó a la granja un hombre corpulento que tenía una pata de palo y llevaba un parche en un ojo. Su aspecto era desaseado, vestía una sucia casaca, pantalones de marino, botas y sombrero. Empujaba una carretilla con un cofre y un saco. En uno de sus hombros descansaba un loro de plumas coloridas.

—¿Es esta la taberna del viejo Salmón? —preguntó a los granjeros, que se habían acercado a recibirle.

—No, señor, esto es la granja Palangana —respondió el granjero.

—¡El rufián de la tienda de anzuelos del puerto me ha dicho que la taberna de Salomón Salmón estaba por aquí, maldita sea! —exclamó el hombretón con una desagradable voz. Restos de comida moteaban su sucia barba.

—La taberna del señor Salmón se encontraba en lo alto de aquella colina —aclaró la señora Palangana, señalando un promontorio cercano donde había unos muros semiderruidos y ennegrecidos—. Hace un mes el edificio se quemó y Salmón se achicharró dentro.

La mujer se guardó de decir que nadie lamentó lo ocurrido, pues Salomón Salmón era un pendenciero que se pasaba el día bebido y trataba tan mal a los vecinos como a los pocos clientes de su taberna. Algunos rumores decían que había sido pirata, pero nadie en aquella tranquila comarca se lo había creído.

—Ummm, de acuerdo —masculló el forastero—. Es tarde y necesito alojamiento, si me permiten que pase la noche en su granja y me zurcen la ropa que traigo en el saco, les pagaré bien.

Al decir esto, el individuo mostró una moneda de plata y los señores Palangana aceptaron acogerle.

Por la noche, el loro voló hacia el establo de los animales y se acercó al lugar donde descansaba Jack.

—Pareces triste, cerdito —le saludó.

—Lo estoy. Aunque tú tampoco tienes buena cara —respondió Jack.

—La verdad es que no me gusta nada la vida que llevo —admitió apesadumbrado el loro—. Me paso todo el día de viaje, navegando y repitiendo las cosas que dice el tonto de mi amo, que es capitán de barco. Me gustaría dejar de ir de un lado para otro y quedarme a vivir en un sitio tranquilo y agradable, pero no tengo valor para dejar a mi dueño, que es un bruto.

Jack, taciturno, comentó:

—Mientras tú viajas por los mares, yo me siento encerrado viviendo en este lugar. Cuando veo pasar a lo lejos los navíos, sueño con poder navegar en uno de ellos y conocer el mundo.

—¡Oh, qué mala fortuna hemos tenido los dos en esta vida! —suspiró el loro.

Una idea se abrió paso en la mente del cerdito, que miró sonriente al loro y exclamó:

—¡Tal vez podamos cambiar nuestra suerte y ser felices!

—¿Cómo?

—Has dicho que tu amo es un tonto.

—Así es. Es muy bruto, pero un perfecto idiota.

—Me disfrazaré, ocuparé tu lugar y me iré con él. Tú, mientras tanto, podrás quedarte en la granja. Este es un lugar tranquilo, los señores Palangana son muy buenos y te tratarán bien. Si tu dueño es tan tonto como dices, no se dará cuenta del cambiazo.

—Con un buen disfraz y si repites de vez en cuando alguna de las palabras que él dice, puede que funcione.

—¡Lo haré! —dijo entusiasmado Jack, que veía ante sí la posibilidad de realizar su sueño.

Se puso manos a la obra, pidió plumas a los

gansos, tomó unos botes de pintura y, con un trozo de madera, comenzó a fabricar un pico similar al del loro.

—Aunque mi amo es un idiota, la tripulación de su barco no lo es. Ten cuidado y no salgas

mucho del camarote —advirtió el loro al cerdito, mientras este trabajaba en el disfraz.

Aquel parecía el día de las medias verdades, pues el ave se guardó mucho de contar al gorrino que su amo era el capitán Perro Red, un temido pirata de los mares del Caribe.

Al día siguiente, Jack, disfrazado de loro, se acercó de puntillas a la carretilla, se tumbó junto al saco que estaba allí y ocultó su rostro bajo una de las alas que había confeccionado con las plumas de los gansos.

—Ah, estás ahí tumbado, plumífero haragán —gruñó el pirata cuando llegó con el cofre—. ¡Te he estado buscando toda la mañana! ¡Si no fuera porque en estos tiempos tener un loro da prestigio, te arrancaría las plumas y te quemaría vivo! ¡Malditas sean todas las estúpidas modas!

El hombre escupió luego en las palmas de sus manos, cogió la carretilla y se alejó por el camino que conducía al puerto más cercano.

Los señores Palangana desde su casa y el loro desde el establo observaron cómo la pesada figura del hombretón se hacía cada vez más pequeña hasta que, finalmente, desapareció de su vista.

Y las ovejitas de los prados comenzaron a balar:

Jack el cerdito vivía feliz en una hermosa granja,
pero quería conocer el mundo, redondo como una naranja.
Disfrazado de loro se fugó con un hombre con pata de palo,
sin saber que era un pirata idiota, pero malo.

2

Vaya, cuánto has engordado, no debes de haber parado de comer durante toda la noche —se sorprendió el capitán Perro Red al ver al cerdito con el disfraz de loro salir de su escondite.

—Rrrr, no he parado de comer en toda la noche —repitió Jack con voz nasal.

—¡Saco de plumas apestoso, no se te ocurra posarte en mi hombro hasta que adelgaces de nuevo o te cortaré en rebanadas! —le advirtió el hombre.

El animal, apoyado en sus patas traseras sobre el cofre, comprendió que el hombre era tan tonto como le había advertido el loro y no se había dado cuenta del engaño.

Cuando llegaron al puerto, el capitán hizo un

encargo y aguardó a que llegara la noche en el rincón más oscuro de la más sucia y cochambrosa taberna que encontró.

De madrugada, dos hombres malcarados entraron en el lugar y, junto a ellos, Perro Red y el gorrino disfrazado de loro abandonaron la taberna. Una barca les esperaba en un sitio apartado y los cuatro embarcaron tras cargar el cofre, el saco y tres grandes toneles.

—Capitán, su loro ha cambiado mucho durante el tiempo que ha pasado en tierra —dijo uno de los hombres, mientras remaba hacia la silueta de una embarcación oculta tras unas rocas.

—Lo que le ocurra a mi loro no es asunto tuyo, Punzón. Si no quieres que te abra en canal con mi puñal, rema y calla —respondió el capitán.

—Rema y calla —repitió el cerdito.

El tal Punzón lanzó una mirada torva al animal y obedeció de mala gana.

Al poco rato alcanzaron el casco del barco y subieron a bordo.

—¡Amarrad los toneles junto al palo mayor y poned el saco y el cofre en mi camarote! —ordenó Perro Red—. ¡Levad el ancla y soltad trapo! ¡Timonel, rumbo suroeste, directos al Caribe!

Jack, ante la mirada recelosa de la tripulación, siguió al capitán a su camarote dando pequeños saltos y se instaló allí, debajo de una mesa.